

La voluntad del pueblo ruso exige una limpieza espiritual y una estabilización. Mas antes hemos de sufrir una magna expiación.

Solamente entonces su voluntad, aplicada a la regeneración de la vida, le otorgará el derecho de determinar su destino histórico en este mundo nuestro.

Izquierdas y Derechas

Por E. GIMENEZ CABALLERO

E. GIMENEZ CABALLERO produjo, no hace mucho, un libro exaltado y místico en el que tras de avalorar las tesis de la bastardía, dice de la necesidad de España de marchar al encuentro de su genio. De sus fuertes páginas tomamos las siguientes consideraciones, precisamente porque ellas hablan de la urgencia del triunfo de programas totalistas.

PUES bien: si de esos espejos o índices espirituales—los Cervantes, Feijóes, Larras, Ganivetes, Costas, Unamunos y Ortegas—pasamos a la realidad política y nacional que les circundaba, encontraremos esa misma bastardía, esa misma equivoqueza, ese mismo desequilibramiento, con caracteres típicamente catastróficos.

Cada 98 de España, cada fracaso político de España, es una muestra palmaria de ellos, como ya hemos indicado, como no nos cansaríamos de reiterar, con una insistencia pragmática e implacable.

Pero hay un fenómeno en la política nacional de España (ya veremos que, también, en otras políticas erradas del mundo) el más revelador de esa bastardía, de esa bipartición, y es el fenómeno de haber escindido las fuerzas del cuerpo nacional en dos secciones hostiles y contrarias: en dos manos enemigas: la derecha y la izquierda.

¿Qué endiablada división es esa de derechas e izquierdas en la estructura corporal e integérrima de un país?

¿Quién habla de izquierdas ni de derechas, en el siglo maximalista de España, en pleno siglo XVI? ¿No sirven—pleno siglo XVI—las dos manos de España a una misma corporeidad en perfecta colaboración?

Este angustioso certamen de las manos en la política española de tres siglos suicidas, me hizo escribir un día reciente una especie de profecía que yo llamé: "Mi Oráculo Manual". Permitidme que transcriba este oráculo:

"Las manos de un Robinsón representan casi todo. Ya que hasta las ideas tienen un Robinsón que hacerlas manuales, manejables, para que le resulten eficientes. Recrear la vida a fuerza de manos. La mente se le transforma en brújula de manos. Pues son las manos el instrumento elemental de su vivir. Pero llega un instante, al atardecer, y mirando al mar sin límites, tras la fatiga de la

jornada manual, en que, sentado bajo unas palmas, se encuentra el Robinsón las palmas propias de sus manos, ociosas. Descubre sus propias manos, en reposo, en inútil economía.

¿Cuál es la izquierda, cuál la derecha?—se pregunta, perdida ya la noción laterálica, unidas como las tiene en único sentido cooperador de su vida, ambidestradas, unilateralizadas.

La mano derecha no le sirve más que la izquierda. La izquierda no le resulta menos noble que la derecha.

En la problemática de una existencia urgente y heroica, ambas manos depusieron toda rivalidad y aceptaron la disciplina de la ecuación, de la integración, de servir a un todo; a un sistema cerrado, a una vida en marcha totalitaria: la del Robinsón frente al Cosmos.

El Robinsón recordaba la lucha de sus manos—cuando vivía en sociedad—, en discordia con las manos de otros hombres.

A veces, la derecha lo quería ser todo. Abogaba para sí haber sido la mano de Dios Todopoderoso, la diestra, la mano a que se sentaba la divinidad. Privilegiaba para sí haber sido la mano de la espada, de la amistad, del constructor. Mano de rey—no mano de marinero, como la izquierda—. Y para resaltar sus prebendas insultaba a la otra, llamándola zocata, zamba, zurda, torpe, mano del diablo: mano siniestra.

A veces era la izquierda quien todo quería asumir en el sistema manual del cuerpo robinsónico. Invocaba el haber estado adscrita a Júpiter, el estar más cerca del corazón que la otra mano, el haber sido refugio de humildes y signo de habilidad.

El resultado de esta discordia de mis manos era el fracaso de todo servicio integérrimo, la incompletitud de las obras, el dejar manco todo propósito entero de mi voluntad corpórea.

Adopté entonces el método ignaciano, la gran experiencia tradicional, o sea: que lo que hiciese la mano derecha no lo supiese la izquierda. Y, al contrario, que lo que hiciese la izquierda lo ignorase la derecha.

Pero este método me resultó falso. Cuanto más ocultaba la derecha sus quehaceres, más la izquierda los sabía. Y cuanto más la izquierda disimulaba los suyos, más la izquierda se irritaba de saberlos.

La fatalidad de mi naufragio en esta isla hizo que la necesidad resolviese tal pleito. Hizo que, olvidadas las manos de sus particulares destinos, colaborasen fielmente conmigo en el cumplimiento de mi destino general, que era, a la postre, el suyo.

Un día, recorriendo esta isla de mi desventura, dí en una caverna. Cuál no sería mi asombro al contemplar en las paredes negras unas manos estampadas, ocre, rojamente. Era el rito rojo-negro de las manos prehistóricas, de mis antepasados los cavernícolas, que ya vieron en las manos un culto integral.

Y ello me hizo recordar lo que decía Virgilio de las manos enlazadas: *Junximos hospitio dextras*. Y Tácito: *Dextras concordia insignia*. Es lo que quiso realizar luego el gótico con su ojiva, dos manos en oración sobre un mismo pecho. Y lo que

luego reconocía Goethe: "Eine Hand wäscht die andere". Y lo que—tras de la guerra—tras de los sistemas mancos, de política liberal o conservadora, izquierda o derecha, trabajadora o capitalista—quisieron realizar comunismo y fascismo, sistemas integrales, de manos a la obra, de "many hands make quick work", de "multae manus onus levant".

También España supo algo de esto—como ahora el Robinsón lo sabe—cuando ante la necesidad de vencer o morir tuvo que poner sus manos en sistema de cuerpo, o corporativo.

Cuando frente al peligro luterano hubo de hacerse, no reformista, sino reformadora. Cuando frente al peligro moro hubo de hacerse no liberal, sino liberadora. Cuando frente al nuevo mundo, recién descubierto, tuvo que acoplar—¡gran Robinsón, el de la España frente a la naturaleza virgen!—sus manos: la secular y la espiritual, el soldado y el misionero, el pueblo y la prez, para, entre las dos manos, mantener un mismo cuerpo, el imperio ineludible de una voluntad total.

¡Quién dijo de separar las manos! ¡De escindir la lateralidad del cuerpo y desdoblarse en guerra manual—civil—los servicios de ambos miembros!

El Robinsón, conmovido, contempla sus palmas fieles, adormecidas de trabajo, como doblegadas criaturas suyas que son, mientras cae la noche sobre la isla. Adormecidas de paz sobre el regazo corpóreo.

¿Cuál, la derecha? ¿Cuál, la izquierda? El Robinsón ha olvidado sus nombres. Y las acaricia con los ojos, en lírico silencio, como acaricia un padre lo filial: lo indivisible.

La Universidad y el Maestro Sierra

Por FRANCISCO JAVIER HERNANDEZ

Estos fragmentos del artículo "La Universidad y el Maestro Sierra", publicado en "El Universal", de fecha 22 de septiembre de 1936, los reproducimos en estas páginas, por el vivo interés que encierran.

QUE la Universidad sea realmente un factor de renovación en la vida de México, de los hombres que no saben todavía de la voz de sus hermanos, porque ocultos permanecen en la sierra con el miedo que ha dejado en ellos la opresión, la humillación, la indolencia.

El maestro Justo Sierra debe guiar todavía los pasos de la Universidad, porque ella, sin embargo, no ha podido ver cumplida cabalmente su noble misión. Pero el maestro Sierra se levanta de su sitio y ahora nos vuelve a decir: "...La verdad se va definiendo, buscadla. Sois un grupo en perpetua selección dentro de la substancia popular y

tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad".

La Universidad de hoy no habrá de ser para los egoístas ni tampoco para sembrar despotismos en beneficio de minorías autodidactas o aristocráticas, como aquellos "científicos" que desposeídos de un criterio humanamente popular, eran indiferentes a la solicitud de las mayorías yacentes en el más completo abandono que mantenía su condición ignorante y gregaria. La Universidad es un Instituto de cooperación necesario para formar la nueva personalidad de México, está impuesta de que su labor debe ser en todo tiempo fecunda en bien de la patria. No es, no debe ser la Universidad un lugar de privilegio. Ya lo hacía notar el maestro: no es misión obligatoria del Estado el de "proporcionar carreras gratuitas a individuos que han podido alcanzar ese tercer o cuarto grados de la selección, sino porque juzga necesario que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exigen la paz social, la salud social, la riqueza y el decoro sociales, satisfaciendo necesidades de primera importancia". Y subrayaba la obra a seguir de aquellos que iniciados en las aulas deberían servir al pueblo: "el nuevo hombre que la consagración a la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el "sursum corda" que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido". No habremos de adorar una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo—dice el maestro—más bien rendiremos culto a Atena "promakos" a la ciencia que defiende a la Patria.

Maestro Sierra: he ahí la Universidad de México reconciliada con la conciencia de su misión, recurriendo a las fuentes de cultura para "adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber" en beneficio del pueblo de México, de nuestro pueblo.

A p e n a s . . .

Por ALFONSO REYES

A veces, hecho de nada,
sube un efluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira de aroma el cedro.

Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.

¡Qué pobre cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
me baja de tu recuerdo!

(De "Otra Voz").